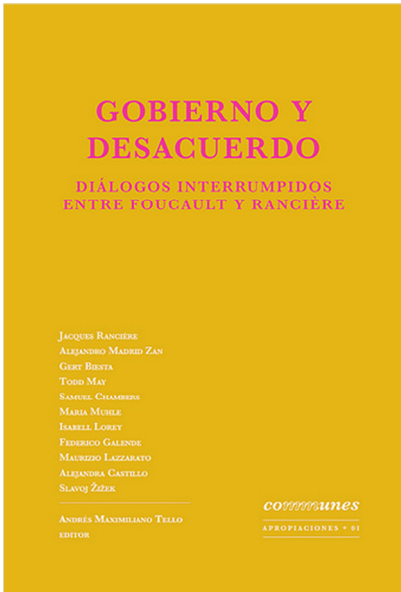




Reseña de “Gobierno y Desacuerdo. Diálogos interrumpidos entre Foucault y Rancière”

DOI: 10.5281/zenodo.51657



Andrés TELLO (Editor)

Communes

2016, 272 pp.

Viña del Mar

ISBN: 978-956-9830-03-7

La tentación está a la mano, y es el propio Rancière quien la incita. Ella tiene que ver con una cómoda partición, que permitiría diferenciar dos autores que se presentan próximos en no pocos aspectos. Si Foucault se interesó por la cuestión del “poder” (o del “sujeto” en su relación con diversos modos de objetivación, el poder entre otras, como querría decirlo en la

última parte de su obra), Rancière tendría a la “política” como uno de sus principales blancos. Como lo recuerda Andrés Tello, y lo refuerza Maurizio Lazzarato, en una entrevista Rancière afirmó que a Foucault no le interesaba la “subjetividad política”, “al menos no a un nivel teórico. Foucault se ocupa del poder”, concluyó (Tello, p. 14). Una afirmación sin duda tajante que inexplicablemente olvida – advierte bien Tello– las últimas investigaciones de Foucault, pero que permite al texto que comentamos, en la reposición de esta aseveración, ampliar y sobre todo problematizar un tipo de relación que, como la de subjetividad y la política, tiene sus propias complicaciones.

Se trataría de un tipo de relación o proceso histórico no dado de antemano, que supone un concepto móvil, no fijo ni esencialista de una *subjetividad* que no es primer ni último fundamento y que, de acuerdo con Alejandro Madrid leyendo a Rancière, no es la “pura proyección de sí misma” (p. 44). Un proceso que en su otra e indisoluble faz supone un concepto de la *política*

que se aparta de las prácticas consabidas en cuanto se asimila a una dinámica intensa, conflictiva, de “desujeción” y reconstrucción en Foucault, y de “desclasificación” y desorganización de ese reparto o común sensible que Rancière asimila a la “policía”. Así se puede afirmar como cuestión general o muy esquemáticamente que - en el texto que comentamos - el sujeto no se concibe como principio autónomo, previo a la política, y que esta no se da a la vez sin la irrupción de una subjetividad desbordante, desorganizadora, no prevista ni por los meandros microfísicos de los poderes ni por las articulaciones o jerarquizaciones de las inmanencias sensibles¹.

Hay aquí un esfuerzo de hacer confluír los dos autores convocados, demostrando en varias partes del texto tanto la importante deuda que Rancière mantiene con Foucault, como proponiendo con no pocos matices una lectura rancièriana de Foucault, ya visible en la contraportada del libro. Una interesante lectura o doble juego que toma su tiempo captar. Junto con resaltar la deuda de Rancière, Foucault es potenciado y ajustado en la contraposición entre la “policía” y la “política” rancièriana, asimilándose esta última a las diversas formas que pueden adquirir las “resistencias” en Foucault. Este último ajuste no se aplica, sin embargo, al artículo de Maurizio Lazzarato quien muy pertinentemente – a mi juicio – introduce como parte constituyente de la subjetivación política foucaultiana una “diferenciación ética”, el “decir veraz” (la *parresía*), no exento de riesgos. Este “decir veraz” lleva o supone una fuerza o potencia de auto-posicionamiento (la *dynasteia*) que es algo más que la presuposición de la “igualdad” como condición de la política en Rancière.

La separación de aguas que hace Rancière no es -volviendo atrás -totalmente caprichosa ni parece ser una afirmación aislada. Fuera del conocido interés del “segundo” Foucault por el tema del “poder”(habitualmente caracterizado como “genealógico”), hay que reconocer una cierta insistencia de Rancière en el punto. La primera tesis de sus “Diez tesis sobre la política” nos instala bruscamente - y con toda intención habría que sospechar - en otro escenario: “la política – dice – no es el ejercicio del poder”. La política sería un modo de

¹ Sobre este tema, se puede consultar Etienne Tassin, “De la subjetivación política. Althusser/Rancière/Foucault/Arendt/Deleuze”, en *Revista de Estudios Sociales*, n. 43, Bogotá, agosto 2012.

actuar específico puesto en acto por unos operadores, que debe ser “definida por sí misma”, tal como Foucault lo hizo—es justo agregar -respecto de una noción, como la del poder precisamente, muy descuidada por la tradición marxista que no contaba con las herramientas capaces de hacerse cargo de experiencias de dominación particularmente trágicas del siglo XX. La política, que no se confunde con los dispositivos de saber-poder de Foucault, tampoco con “relaciones de fuerza”, es para Rancière “una ruptura específica de la lógica del *arkhé*” (tesis 3), de cualquier mandato, título, comienzo o fundamento. Desde esta perspectiva, Rancière busca expresamente “disociar – cito a Alejandro Madrid - el pensamiento de lo político del pensamiento del poder”, ya que “lo político” es otra cosa: el encuentro de dos lógicas opuestas o heterogéneas, la “policial” y la “política”. Esta última, indisociable de la lógica “policial” entendida como la “constitución simbólica de lo social” (tesis 7), se constituye, en cambio, y aquí está el punto central, en ruptura con ella haciendo así ostensible la contingencia del orden.

No habría que avanzar, sin embargo, demasiado rápido. Como un modo de abordar esta tensión - introduciendo los matices necesarios - una parte del texto que comentamos entiende (Tello, Chambers y sobre todo Lazzarato) que es preciso retrotraerse al “último” Foucault, a aquel que deja atrás las coacciones de las racionalidades o tecnologías de poder-saber que se describen en *Vigilar y Castigar*. Un “último” Foucault – agrego - que confiesa haber realizado un “desplazamiento teórico” (*Historia de la sexualidad*, Tomo I) y que, en sus Seminarios del Collège de France, como también en los volúmenes dos y tres de su recién citada *Historia de la sexualidad*, se detiene en la cuestión de la subjetividad o de la construcción de sí, ya no regulada por epistemes o dispositivos. En estos nuevos estudios se remonta - como se sabe- al periodo helenístico y romano donde aparece un individuo que se propone la tarea de reconfigurarse de acuerdo con unas prácticas, unos ejercicios y metas propias (y no política o jurídicamente impuestas), resultado de una relación con la “verdad” que supone la “conversión” subjetiva o, dicho desde otro ángulo, de una “inquietud de sí” que completa y va más allá del oracular “conócete a ti mismo”.

Aunque se pudo hacer aún más visible este “último” Foucault, es claro que la relación entre subjetividad y política no envuelve por entero el texto, ya que se trata de un “diálogo interrumpido” por temas diversos como señala su

subtítulo. Esto no impide – como he venido planteando - que en su parte medular *Gobierno y Desacuerdo* ahonde con distintos acentos en esta relación, abriendo o ampliando sus diversas aristas.

Así, Samuel A. Chambers profundiza en el doble y complejo proceso referido al esfuerzo de constitución del sujeto en Foucault, desde la *assujettissement* a la *subjetivación* (p. 98), marcado por el paso que va desde su interés por las “disciplinas” al del “cuidado de sí” (p. 103), destacando la muy desgarradora transformación que se experimenta entre lo que se deja de ser y la simultánea producción de otro sí mismo o de una nueva manera de estar en el mundo. En la segunda parte de su artículo, y pensando ahora en Rancière, Chambers refuerza la no disociación entre la política, que no es una esfera aparte a la weberiana se podría decir, y la subjetivación que solo se explica como un “proceso político” destabilizador que hace visible el sistema de contabilidad o, mejor dicho, la “cuenta errónea” o mal hecha (pp.113 a 116).

Por otra parte, Maria Muhle explica en qué sentido el *demos* “desafía el reparto de lo sensible y hace posible la política” (p. 140) en Rancière. Para ello recuerda que los “no contados” no son una categoría sociológica en Rancière, que estos no se identifican necesariamente con el sujeto revolucionario clásico, y que para ser un sujeto político debe diferenciarse de su asimilación sin más al homogenizado pueblo soberano del Estado-nación. El *demos* sin más cualificación que su libertad desafía el “reparto de lo sensible” cuando se ha desdoblado, cuando se ha desligado de sí mismo, de la mera “suma de una población” dirá Rancière en una conferencia dada en Chile el 2005, convirtiendo su reclamo y su efectiva indiferente igualdad en la condición de la política. La autora señala asimismo que el *demos* de Rancière cuenta con la precursora noción de *plebe* en Foucault (1977). Una realidad o “cualidad” más bien, igualmente no sociológica tal como el *demos*, que escapa o se sitúa en los límites de las relaciones de poder, que expresa un tipo de resistencia paradójica (en tanto que cuasi-mimética del poder mismo) y cuya política o capacidad distorsionadora “está definida – dice Muhle – en una forma rancièriana, *avant la lettre*” (p. 151).

Continúa este análisis el texto de Isabell Lorey que retoma la noción de lo “plebeyo” en Foucault resaltando su dimensión productiva. Lo “plebeyo”, entendido más como una perspectiva que como un lugar social determinado,

se presenta como una figura más de la resistencia (al lado de otras modalidades examinadas en el artículo de Muhle), como movimiento centrífugo, huida, sustracción o “éxodo”, que hace visible o dinamiza (de aquí su dimensión productiva) los límites de las relaciones de poder, al dejar estas de ser absolutas e irrebasables, por un lado, y al abrir la posibilidad del auto-empoderamiento o de la auto-constitución del desobediente, aunque sin garantías de recambio del dominio establecido, por el otro.

No obstante lo dicho, es claro que el texto que comentamos no se encuadra íntegramente dentro de la dialéctica entre subjetividad y política que hemos planteado. Ya en su propio título parece abrirse una posibilidad adicional, aquella que va del *impasse* o “desacuerdo” rancièriano al “gobierno” de “sí y de los otros” foucaultiano. No es este pues un texto ni cerrado ni orgánico ni reducible a una única lectura, y que faculta más bien distintas y sugerentes incursiones: la problematización ya no ilustrada ni vertical de la idea de “emancipación” en Gert Biesta; las cercanías de Foucault y Rancière con el pensamiento anarquista en Todd May; la reconsideración rancièriana de la relación entre arte y política en Federico Galende; las imbricaciones entre palabra, cuerpo y técnica en el dispositivo “mujer” en Alejandra Castillo; o la actualidad de Rancière en tiempos de desorientación en Slavoj Žizek.

El lector puede estar seguro que tiene en sus manos un texto que exhibe una muy cuidadosa selección de sus artículos, que su lectura le permitirá acceder a autores algunos de ellos poco conocidos entre nosotros, y que se inserta muy bien en importantes debates actuales en el ámbito de la filosofía política. Un texto donde es posible reconocer distintas líneas de pensamiento y que no es ciertamente ajeno a las reconceptualizaciones que hoy se hacen sobre el sujeto y la política modernos. Un texto que no es igualmente ajeno a las nuevas exigencias que recaen – en esta era del neoliberalismo unidimensional y planetario - sobre una filosofía que debiera extremar aún más su disponibilidad, en la atención cuidadosa de un presente cuya desorientación y empobrecimiento es grave en los dos planos destacados.

Carlos Ossandón Buljevic
Profesor Titular de la Universidad de Chile
cob2002@hotmail.com